



Andrea Riccardi
El siglo de los mártires

El siglo de los mártires



100XUNO

Colección
Mártires del siglo XX
nº 1

Dirigida por Juan A. Martínez Camino

Andrea Riccardi

El siglo de los mártires

Los cristianos en el siglo XX

Prólogo del autor para esta nueva edición española

Traducción de Fernando Montesinos Pons



Título original: *Il secolo del martirio*

© Edición original italiana: Arnoldo Mondadori Editore S.P.A. Milán, 2000

1ª edición Uomini e religione, abril 2000

1ª edición (ampliada) Oscar Storia, abril 2009

© Prólogo a la presente edición: Andrea Riccardi

© Ediciones Encuentro, S. A., Madrid, 2019

© Traducción: Fernando Montesinos Pons

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

100XUNO, nº 37

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: CLM-Madrid

ISBN digital: 978-84-9055-761-7

ISBN: 978-84-9055-958-1

Depósito Legal: M-3002-2019

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda, 20, Bajo - B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Prólogo a la presente edición	9
Introducción	19
Agradecimientos.....	37

I. El «siglo» soviético

El Estado ateo	39
¿Un «holocausto» cristiano?.....	46
Un santuario de los mártires: las Islas Solovki.....	52
La política de persecución.....	57
La «legalidad».....	65
Una pequeña comunidad católica.....	69
La política antirreligiosa de los años treinta	71
A partir de la Segunda Guerra Mundial: «los robles resistirán».	75

II. El nuevo orden y los cristianos: la Europa de Hitler

La idolatría nazi	89
Iglesia y nazismo.....	94
Resistencia moral y martirio	102
Por un mundo sin cristianismo.....	109
La expansión del <i>Reich</i> y la extensión de la guerra.....	114
Un país mártir	118
Martirio y resistencia espiritual: Francia	132
El caso italiano	140
La parte del «yunque»	152
La resistencia de la predicación y de la caridad.....	156
El martirio del universo concentracionario.....	164

III. La Europa del Este

La atormentada liberación	177
El caso yugoslavo: entre nacionalismo y comunismo	182
La «nacionalización» de las Iglesias	193
La resistencia de los primados	199
Martirio y unidad.....	212
Aislamiento y represión	217
La Oficina de cultos: el modelo checoslovaco	222
Albania: el primer Estado ateo del mundo	225

IV. Martirio y misión

La misión católica en el siglo XX	239
Las misiones entre Asia y el mundo entero.....	245
La otra civilización: China.....	248
Obispos, misioneros, monjas, laicos, católicos, protestantes... y ortodoxos.....	255
La misión entre Asia y Oceanía.....	261
En el vendaval de la guerra.....	267
África: los misioneros y el nacimiento de la Iglesia africana.....	273
Catequistas, religiosas, laicos, misioneros en África.....	278
América Latina.....	287

V. El comunismo asiático

«En China hasta el cielo es chino»	291
Un gran campo de concentración.....	294
La persecución en China	300
El largo viaje del dolor	313
Corea.....	318
El comunismo indochino	323

VI. Los dolores de una minoría religiosa

La difícil vida de la minoría.....	333
Las tierras del Imperio otomano	335
Catolicismo de minoría y grandes religiones asiáticas.....	355
El mundo araboislámico.....	368
Los mártires de Argelia	380

VII. El Estado contra la Iglesia: México y España

La persecución religiosa en México.....	389
Revolta y persecución.....	394
El anticlericalismo en España	401
La persecución española.....	409
Entre las muchas historias dolorosas	414

VIII. En los conflictos del África independiente

Una Iglesia africana.....	425
Un antiguo país cristiano: Etiopía.....	432
Del Congo al Zaire	435
La revuelta anticolonial y la inseguridad de la independencia....	442
El mensaje de Uganda	446
El «martirio» y el poder: Congo-Brazzaville, Guinea- Conakry, Madagascar	453
En el corazón de muchas guerras	456
El África de lengua portuguesa.....	461
Entre matanzas y luchas étnicas: Ruanda y Burundi.....	467

IX. Multitud de mártires

Mártires de la caridad	477
Mártires de la justicia.....	488
Mártires de las mafias y del terrorismo.....	495
Las muertes de los obispos en América Latina	505
Mujeres víctimas de la violencia física.....	513

X. Los mártires del siglo XXI

El crecimiento de la memoria	527
¿Un nuevo siglo del martirio?	533
Los nuevos mártires del siglo XXI.....	538
Continúan los dolores de las minorías.....	544
Martirio y muerte de una antigua Iglesia.....	546
El martirio de los pacíficos.....	551
Apéndice	555
Índice onomástico	559

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

Este libro rescata una historia de cristianos asesinados en el siglo XX por ser creyentes. Sí, porque muchísimos de ellos han sido asesinados en el siglo XX precisamente por ser cristianos. Pero también es la historia de muchos cristianos que no han huido o que no se han escondido para salvar su propia vida. Por eso hicieron frente a las persecuciones y a la muerte. El siglo XX se presenta a nuestros ojos como «el siglo del martirio». Basta con pensar que en la Unión Soviética fueron asesinadas un millón de personas, tal vez millón y medio, a causa de su fe. Ha sido verdaderamente un siglo de mártires. Ahora bien, el martirio de los cristianos ha continuado también en el siglo XXI y sigue siendo todavía un acontecer dolorosamente abierto¹.

El fresco de un siglo y un libro

Empecé a estudiar las historias de los mártires del siglo XX cuando ya había pasado la mitad de la década de los noventa. Me pareció un mundo «dramático», en gran parte olvidado. Así nació este libro, un libro que narra las historias de hombres y mujeres asesinados a causa de su fe o de su amor cristiano. Son los nuevos mártires del siglo XX. A sus historias he añadido, en esta edición, algunas de las historias de los cristianos del siglo XXI. Son historias acontecidas en diversos países y en condiciones políticas diferentes. Se podría decir que no son importantes y que se trata de pequeños fragmentos, ciertamente dolorosos, en la historia

¹ Véase también J-M. Di Falco, T. Radcliffe, A. Riccardi, *Il libro nero sulla condizione dei cristiani nel mondo*, Milán 2014, en el que se ofrece un cuadro de las amenazas y de las persecuciones padecidas por los cristianos en el primer decenio del siglo XXI.

de un determinado país o de un régimen específico. Sin embargo, de la reconstrucción de muchos diferentes acontecimientos emerge en este libro con toda su fuerza el martirio de los cristianos en el siglo XX. Historia tras historia, se va componiendo un fresco.

Es el fresco de una humanidad apacible, no violenta, a su manera fuerte, capaz de resistir incluso ante la violencia más brutal. Es una historia que también merece tener su espacio narrativo e historiográfico propio en la reconstrucción de la totalidad del siglo XX y de nuestro tiempo. El historiador podría preguntarse, a buen seguro, por qué poner juntas situaciones políticas tan diferentes, como el Imperio otomano o la Albania de Enver Hoxha o El Salvador de monseñor Romero. Se trata, evidentemente, de mundos diversos y también de movimientos diferentes los que han empujado a la persecución. Sin embargo, es el común compartir la fe cristiana por parte de los caídos lo que modela una actitud humana, la capacidad de resistencia, lo que convierte, en suma, tantos acontecimientos en una sola historia. Es la historia del cristianismo, más aún, de muchos cristianos, en el siglo del martirio.

El fresco del martirio trazado en el libro, publicado el año 2000, se refiere solo al siglo XX. Sin embargo, en el ocaso de ese siglo han cambiado muchas cosas en la geografía política del mundo. Ha acabado el comunismo soviético y su imperio en Europa, que habían librado una lucha sistemática contra el cristianismo. No obstante, en el siglo XXI los cristianos siguen siendo asesinados en muchas partes del mundo por su fe, por su acción, por su misma existencia. Muchos cristianos no se sustraen a la violencia con tal de continuar sirviendo al Evangelio y a la humanidad de su tiempo. La violencia prosigue golpeando a algunos de ellos. Desgraciadamente, el martirio es también la historia del siglo XXI, algo a lo que no podemos acostumbrarnos.

De esta constatación ha nacido la idea de volver a proponer la historia del martirio del siglo XX, pero incrementándola también con la reconstrucción de algunas vidas de los nuevos mártires del 2000. Parece que la sombra dolorosa del siglo XX cae también sobre la edad contemporánea, hasta el punto de hacernos temer que nuestro siglo será también un tiempo de mártires. Cambian las motivaciones, los sistemas, las situaciones, pero los cristianos siguen siendo asesinados.

Este libro, publicado por primera vez en el año 2000, muestra cómo el siglo XX, el siglo de la democracia, del progreso, de la libertad, ha

sido también el tiempo en el que la vida de muchos cristianos ha sido pisoteada, porque representaba algo profunda y pacíficamente alternativo. Su presencia no era objetivamente amenazadora o políticamente subversiva; sin embargo, fue convertida en blanco de una gran agresividad: debía ser suprimida porque casi parecía un desafío, aunque no lo representaba concretamente. Este era el designio frío y el ímpetu de los hombres y de los sistemas que han encarnado los grandes totalitarismos del siglo XX: los comunismos a partir de la Revolución de 1917, el nazismo. Pero es también la experiencia de la lucha anticristiana en España y en México. Herir de muerte a los cristianos y eliminarlos de la sociedad representaba casi una «consagración» pública de estas ideologías y políticas, tal vez ante la historia.

El asunto del martirio cristiano no se reduce solo a los terribles capítulos de los regímenes totalitarios o de las luchas anticristianas. Los cristianos han caído también en la misión, en las guerras, en la incertidumbre de la situación política, como pasó en el África poscolonial. No faltan los cristianos perseguidos y asesinados por pertenecer a comunidades minoritarias, oprimidas por una mayoría religiosa o agredidas por el fanatismo. Hay pastores que no dejaron sus comunidades: no pensaron en su supervivencia, sino en el bien de la gente junto a la que trabajaban y se quedaron entre ellos. Fueron asesinados. Las situaciones y las motivaciones de los asesinatos son diferentes: están los mártires de la caridad, los de la justicia, los del compromiso con la comunicación del Evangelio en países alejados del suyo propio, los del servicio pastoral, pero están también los mártires de las mafias y de la criminalidad. Se trata de cristianos corrientes y de pastores, obispos, patriarcas, cabezas de Iglesias, religiosas, misioneros...

Son muchas las mujeres que han sido golpeadas, a partir de las armenias o de otras comunidades cristianas que, durante la Primera Guerra Mundial, se vieron envueltas en las masacres perpetradas por los «jóvenes turcos» contra los armenios y los otros cristianos en los territorios del Imperio otomano. Muchas mujeres se negaron a convertirse al islam, condición que se les imponía para salvar la vida. Marco Impagliazzo ha publicado algunas crónicas contemporáneas de las masacres de los armenios, en las que se dice que «algunas mujeres tuvieron el valor de dar vigorosas lecciones a sus verdugos»². No se puede olvidar, en efecto,

² M. Impagliazzo, *Una finestra sul massacro. Documenti inediti sulla strage degli armeni (1915-1916)*, Milán 2000, 73.

que el siglo XX se abre con la gran masacre de los cristianos en el Imperio otomano durante la Primera Guerra Mundial, el primer holocausto del siglo. Se trata de un holocausto del que, en los decenios que siguieron a la Primera Guerra Mundial, no se ha hecho memoria de una manera profunda en el mundo cristiano, dejando con frecuencia únicamente a los armenios el recuerdo de su dolor.

Recordar la fuerza de los humildes

Para la tradición cristiana, la memoria de los mártires se conserva a través del recuerdo de los nombres, de las historias, de las vicisitudes del martirio. También yo he querido recordar algunos nombres y algunas historias de estos mártires, en gran parte no canonizados, a menudo ignorados o condenados al olvido. No he podido recordarlos a todos, porque, entre otras cosas, una gran parte de ellos es desconocida. De todos modos, desde el año 2000, desde la primera edición de este libro, he notado un aumento de la sensibilidad respecto al tema del martirio de los cristianos, tanto en el mundo de las Iglesias como en la opinión pública. Una sensibilidad incrementada en este sentido hará redescubrir muchas historias e impedirá que muchas otras sean olvidadas o dispersadas. Por eso, es preciso seguir recogiendo las historias, conservarlas y contarlas. La misma Iglesia católica, especialmente después del Jubileo del año 2000, ha ensanchado su sensibilidad a los acontecimientos del martirio, como se ve en la reciente canonización de monseñor Romero, arzobispo mártir de San Salvador, algo que parecía muy lejano, si no imposible, en el año 2000.

Y además –como ya he dicho– el martirio de los cristianos continúa en el siglo XXI. Desearía recordar a una figura por la que me he sentido muy afectado: el católico paquistaní Shahbaz Bhatti, a quien conocí en Roma y al que habría debido volver a ver de nuevo en Pakistán si, la víspera, el 4 de marzo de 2011, no hubiera sido asesinado por el grupo terrorista «Tehrik-i-Taliban Punjab». Era un hombre de oración, fuerte y tenaz en la lucha contra las discriminaciones y la violencia, estaba comprometido desde joven con la labor de dar dignidad a los cristianos humillados y marginados. Luchaba con la palabra contra la ley sobre la blasfemia, que sigue representando todavía una amenaza constante para los cristianos paquistaníes, mientras solicitaba una ley que prohibiera la incitación al odio. En el momento del asesinato desempeñaba la función de ministro de las minorías en Pakistán. Creía que el diálogo entre las religiones

habría podido constituir una base sólida para que comunidades diversas pudieran vivir en paz. Su testamento espiritual pone de manifiesto la espiritualidad de este hombre, pero también revela una fuerza particular aun en condiciones de extrema exposición a la violencia:

Muchas veces los extremistas han tratado de asesinarme o de encarcelarme; me han amenazado, perseguido y han aterrorizado a mi familia. Los extremistas, hace unos años, pidieron incluso a mis padres, a mi madre y a mi padre, que me convencieran para que no continúe con mi misión de ayuda a los cristianos y los necesitados, pues de lo contrario me perderían. Pero mi padre siempre me ha alentado. Yo digo que, mientras viva, hasta el último aliento, seguiré sirviendo a Jesús y a esta humanidad pobre, que sufre, a los cristianos, a los necesitados, a los pobres. Quiero decir que me inspira mucho la Sagrada Biblia y la vida de Jesucristo. Cuanto más leo el Nuevo y el Antiguo Testamento, los versículos de la Biblia y la palabra del Señor, más se reafirman mi fuerza y mi determinación.

El martirio es la historia de muchos seres humildes, vencidos y derrotados. Pero revela también la resistencia tenaz y apacible al mal y a su fuerza avasalladora. Shahbaz Bhatti sabía bien que estaba amenazado y, en los últimos tiempos, había solicitado escolta (que no recibió); pero había seguido con su trabajo en favor de los cristianos y de las minorías que sufren en Pakistán³. El papa Francisco ha comentado así la fuerza de los mártires: «... al leer las historias de tantos mártires de ayer y de hoy –en número mayor respecto a los primeros siglos–, nos quedamos sorprendidos ante la fortaleza con la que afrontaron la prueba. Esta fortaleza es signo de la gran esperanza que les animaba...»⁴.

La resistencia de los humildes y los perseguidos, a pesar de su aparente derrota y de su muerte, marca de manera profunda el curso de la historia. El patriarca Atenágoras señalaba, hablando en 1968 con Olivier Clément, que el martirio de tantos cristianos rusos había minado ya el sistema soviético en sus raíces. Casi por esos mismos años, un «visionario» como Giorgio La Pira, convencido de la fragilidad del mundo soviético, hacía unas observaciones análogas. No se trata de establecer una

³ Cf. R. Zuccolini-R. Pietrolucci, *Vita e martirio di un cristiano in Pakistan*, Cinisello Balsamo 2012.

⁴ Papa Francisco, «Meditazione quotidiana nella cappella della Domus Sanctae Marthae», 30 de enero de 2017, en *L'Osservatore Romano*, 31 de enero de 2017.

relación de causa-efecto entre el martirio y el cambio de las situaciones políticas. Sería impropio y, además, falso. Con todo, el martirio introduce en el acontecer histórico lo que Clément llama «el fermento de la persona»: «el fermento de la persona ha provocado resistencias, disidencias, afirmaciones profundamente renovadas de los derechos del hombre...»⁵. Se puede resistir al mal, incluso luchando únicamente con las manos desnudas a partir de la propia fe. Se resiste al mal incluso dejándose golpear, pero no cediendo a sus amenazas.

En el siglo XXI, mientras que en una gran medida ha desaparecido la persecución determinada por el odio ideológico, sigue fuerte –más aún, se diría que crece– la debida al odio y al fanatismo religioso. En la situación de guerra que reina en Irak y en Siria, también en los últimos años, han sido perseguidos y asesinados muchos cristianos por ser «nasara», nazarenos –como les llaman los extremistas–. Los del Daesh acostumbran a escribir «noun», la primera letra de la palabra árabe «Nasara», en las casas de los cristianos para identificarlos. El año 2010, un comando de Al Qaeda llevó a cabo un atentado en la catedral siro-católica de Bagdad, matando a 58 personas que se habían recogido allí el domingo para orar. Este no es más que un episodio de los numerosos actos de violencia que han puesto en su punto de mira a los cristianos en el mundo árabe. Muchos de ellos han abandonado el Oriente Medio en los últimos años, pero no pocos siguen resistiendo en condiciones difíciles, convencidos de tener una misión particular en las tierras en que se ha desarrollado su historia y que han visto surgir el cristianismo.

La Iglesia copta, en Egipto, ha constituido un blanco particular del terrorismo. Sus fieles han sido asesinados en atentados islamistas mientras participaban en la oración y en la liturgia en sus iglesias. Pero los cristianos han sido golpeados por doquier en el mundo árabe, incluso para enviar señales amenazadoras al mundo cristiano occidental. El año 2015, un vídeo del Daesh mostró el macabro asesinato de veintiún cristianos coptos, vestidos con la clásica vestidura naranja de las víctimas del ISIS, cada uno con un verdugo a su espalda: fueron degollados en Libia, precisamente a orillas del Mediterráneo, mientras

⁵ O. Clément, *I visionari. Saggio sul superamento del nichilismo*, Milán 1987, 54 (hay traducción española de este mismo texto en «Cristianismo y derechos del hombre. Visión de un cristiano ortodoxo»: http://www.seleccionesdeteologia.net/selecciones/lilib/vol22/88/088_clement.pdf).

se lanzaba la amenaza de conquistar Roma y Europa⁶. Pocos meses después, otro vídeo del Daesh mostró el asesinato de veintinueve cristianos etíopes también en Libia.

Más allá del odio religioso, en otras regiones del mundo, los cristianos, los religiosos y las religiosas constituyen un objetivo privilegiado de agresiones por parte de las organizaciones criminales en un marco de violencia generalizada. Los cristianos representan una presencia humana desarmada, pero revestida de fuerza moral, en situaciones que han perdido las connotaciones humanas. Son como una protesta viviente y pacífica contra el culto a la violencia y a la prepotencia de intereses oscuros. Representan, para unas poblaciones humilladas por la criminalidad y abandonadas por las instituciones del Estado, una referencia humana y un aliento. Por eso han de ser eliminados, según una lógica brutal y asesina.

El martirio: revelación del cristianismo

Juan Pablo II, a quien debemos el impulso para el redescubrimiento del tema de los «nuevos mártires» del siglo XX, había intuido la inmensidad del drama cristiano del siglo XX, en un tiempo en el que se infravaloraba su alcance tanto en el mundo cristiano como en general. Reivindicaba el rol decisivo de los mártires en la vida de la Iglesia contemporánea. Para el papa Wojtyła, el mártir es un protagonista de la historia del cristianismo y también de la historia *tout court*. Es emblemática una expresión suya, dedicada al martirio de Maximiliano Kolbe, que ofreció su vida en el campo de concentración nazi de Auschwitz para salvar a un compañero: «¡Murió un hombre, pero se salvó la humanidad!»⁷. El martirio de un hombre (y Kolbe es, para Juan Pablo II, el mártir de la caridad) salva a la humanidad humillada, incluso en los lugares más terribles y deshumanizadores de la historia. En efecto, para el papa, «los campos de concentración quedarán para siempre como auténticos símbolos del infierno sobre la tierra. En ellos quedó expresado el máximum del mal que el hombre es capaz de hacer a otro hombre».

El martirio es constantemente revelador de un modo de ser de los cristianos en la historia. La fe cristiana de los mártires los conserva humanos y pacíficos, incluso cuando ciertas fuerzas opresoras y avasalladoras

⁶ En realidad, uno de ellos parece haber sido un obrero de Ghana.

⁷ K. Wojtyła, *Segno di contraddizione*, Milán 1977, 61 (trad. esp.: *Signo de contradicción*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2003⁵).

les empujen a la deshumanización y al embrutecimiento. Recordar a los mártires no es una ocasión para lanzar una queja genérica por los sufrimientos de los cristianos, como si se tratara de un lugar común acogido con desinterés o como un homenaje formal y exterior. Recordar el martirio no es reivindicación, más aún, me parece que la Iglesia del siglo XX siempre ha querido evitar que sus mártires fueran convertidos en bandera de una parte, de una nación o de una civilización. Juan Pablo II afirmó, durante la conmemoración de los testigos de la fe del siglo XX, a propósito de la herencia de los nuevos mártires: «Si nos enorgullecemos de esta herencia no es por parcialidad y menos aún por deseo de revancha hacia los perseguidores, sino para que quede de manifiesto el extraordinario poder de Dios, que ha seguido actuando en todo tiempo y lugar. Lo hacemos perdonando a ejemplo de tantos testigos muertos mientras oraban por sus perseguidores»⁸.

Estas palabras ilustran bien el modo en que la Iglesia ha considerado el siglo del martirio. Por otra parte, los mártires cristianos no son presentados por la memoria de la Iglesia como víctimas de actos inicuos, como para reivindicar algo o denunciar la violencia asesina. Es más, la memoria de los mártires ha despertado en muchas etapas de la Iglesia a un mundo cristiano somnoliento en la comodidad, para comunicarle que el cristianismo es algo radical y que la solidaridad con la persona que sufre es decisiva. Esa me parece que es la perspectiva en que se ha ido profundizando en los últimos años. El martirio es una historia de fe, de amor, de coraje, que los creyentes cristianos consideran como una herencia significativa para el tiempo presente. Con todo, es una historia real, que en su concreción de aventura humana habla a todos, aunque no fuera más que porque revela la fuerza de las convicciones de las que son capaces los hombres y las mujeres.

No todos los casos de martirio son iguales entre ellos. No todos pueden ser encerrados en un lamento genérico o en una deprecación ritual. Han de ser considerados de cerca y estudiados con atención. Han de ser narrados con sentido histórico y atendiendo al marco en el que se han producido. Son historias de personas a menudo corrientes, pero tienen un gran valor. Contarlas es un modo constante de mostrar y verificar este valor, sobre todo de no olvidarlas. Son un valor para la Iglesia, pero también un testimonio de la fuerza de las convicciones y de la conciencia frente a la coerción.

⁸ Juan Pablo II, *Conmemoración ecuménica de los testigos de la fe del siglo XX. Homilía del Santo Padre*, en: https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/homilies/2000/documents/hf_jp-ii_hom_20000507_test-fede.html.

En cualquier historia –así me lo parece– se encierra un fragmento de la existencia cristiana de los siglos XX y XXI. No se trata de historias de heroísmo, porque el mártir no desafía a la muerte con comportamientos aventurados o agresivos. Muchos cristianos han buscado simplemente ser humanos, sostenidos por la fe, en situaciones imposibles. Ha acontecido lo que enseñaba el gran sabio del judaísmo, Hillel: «Donde no haya hombres, esfuérzate por serlo tú»⁹. El compromiso con el ser hombres, es decir, humanos, ha bastado para motivar la condena a muerte a quien lo vivía. La fe cristiana ha bastado para motivar la condena a muerte. Así, la oración común de los cristianos, en sus iglesias, se ha convertido en una ocasión para golpearlos y manifestar el odio a su existencia y a su fe.

El martirio del siglo XX es revelador de la inhumanidad del mundo contemporáneo. Los casos de nuevos mártires continúan mostrando, también en lo que corresponde al siglo XXI, el lado inhumano y oscuro de la historia del tiempo presente. El tema del martirio, tanto en el siglo XX como en el nuestro, puede ser tratado desde muchos puntos de vista: el de los derechos humanos conculcados, el de la libertad religiosa negada, el de la constatación del choque entre civilización y religión y muchos otros. Aquí hemos optado por narrar la historia de los nuevos mártires teniendo presente sus motivaciones personales: encontramos así casos diferentes en tiempos diversos, perseguidores diferentes, pero una única gran historia que discurre desde el siglo XX a nuestros días.

Andrea Riccardi

24 de julio de 2018

⁹ M. Hadas-Lebel, *Hillel*, París 2005, 81.

INTRODUCCIÓN

He entrado en el gran archivo de la Comisión Nuevos Mártires, donde se recogen cartas, indicaciones, memorias, que, en estos últimos años, han llegado de todas partes del mundo a Roma. He empezado a hojearlas. Son cartas, testimonios, informes de conferencias episcopales de todo el mundo. Pero hay también memorias de congregaciones religiosas. Me puse a leer todo ese material y me apasioné. Eran miles de historias de hombres y de mujeres contemporáneos: cristianos asesinados por ser tales. Pasaban ante mis ojos las páginas de la persecución religiosa de 1917 en Rusia, las historias de las víctimas del nazismo, las de tantos misioneros, las vicisitudes por las que pasaron los cristianos asesinados en cualquier parte del mundo. Alguna es conocida, como la de monseñor Romero, arzobispo de San Salvador, asesinado en 1980 mientras celebraba la eucaristía. La mayor parte es desconocida. Me daba la impresión de que no conocía bien este aspecto de la vida de la Iglesia del siglo XX. No podía decir que ignorara la historia de tantas persecuciones y dolores, pero no me había dado cuenta de lo extensa y profunda que era. No me había dado cuenta de la amplitud y de la complejidad de las vicisitudes por las que pasaron. No es solo la historia de algún cristiano valiente, sino la de un martirio en masa. Los cristianos asesinados a lo largo de nuestro siglo son cientos de miles. Del estudio de estas vicisitudes ha nacido este libro, que se sitúa entre la historia y la memoria.

Los testimonios han afluído a Roma a demanda de Juan Pablo II. Han sido leídos, estudiados y catalogados por la Comisión Nuevos Mártires. El papa lanzó la idea de una recuperación de la memoria de los cristianos caídos en el siglo XX en el documento preparatorio del gran Jubileo del 2000, la carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente*. Lo dijo con una

gran convicción: «Al término del segundo milenio, *la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires*»¹⁰. Karol Wojtyła conoció personalmente la tragedia de la guerra y de la persecución. Polonia, a la que la historiografía del siglo XIX consideraba «nación mártir», vivió en el siglo XX la ocupación nazi, que pretendía reducir a esclavitud al pueblo polaco y eliminar a amplios sectores del mismo, la Shoá, que devoró a una parte conspicua de los judíos polacos y europeos y, por último, el control soviético y el régimen comunista con la persecución antirreligiosa¹¹.

Juan Pablo II recordó así su juventud: «... mi sacerdocio, ya desde su nacimiento, ha estado inscrito en el gran sacrificio de tantos hombres y mujeres de mi generación. La Providencia me ha ahorrado las experiencias más penosas...»¹². Al papa le parece haber vivido una parte de «esta especie –como él mismo dice– de ‘apocalipsis’ de nuestro siglo». El martirio no ha sido para él una historia antigua, sino una realidad contemporánea. El mismo papa sufrió un violento atentado, que con una gran probabilidad podía haberle condenado a muerte. No se ha hecho la luz sobre los orígenes de este suceso. El atentado, madurado en medios turbios de Estambul y en una mezcla entre nacionalismo e islam, probablemente utilizado por las estrategias del Este, había sido proyectado para la visita del papa al patriarca ortodoxo Dimitrios. Después fue aplazado. Pero, según lo que ha escrito Olivier Clément: «Fue el precio de la visita a Constantinopla, el sacrificio que confirió a esa visita un carácter místico cuya importancia se revelará poco a poco»¹³.

La biografía de Juan Pablo II se entrelaza con el martirio del siglo XX. De ahí ha extraído el papa la convicción de que el martirio es una realidad contemporánea del cristianismo. De aquí ha partido la iniciativa de la recuperación de la memoria de los mártires contemporáneos. En el documento programático del Año Santo, que lleva claramente la impronta de la escritura del papa, se lee: «*En nuestro siglo han vuelto los mártires, con frecuencia desconocidos, casi soldados desconocidos de la gran causa de Dios. En*

¹⁰ Juan Pablo II, *Tertio Millennio Adveniente*, Ciudad del Vaticano 1994, 37.

¹¹ Cf. J. Plumyène, *Le nazioni romantiche*, Florencia 1982, 169 ss.

¹² Juan Pablo II, *Don y Misterio*, Ciudad del Vaticano, 1996, 47 (hay ed. digital en: http://www.vatican.va/archive/books/gift_mystery/documents/archive_gift-mystery_book_1996_sp.html).

¹³ O. Clément, *Roma diversamente*, Milán 1998, 92 (trad. esp.: *Roma de otra manera*, Cristiandad 2004, 124), ha avanzado esta interpretación que me parece ampliamente fundamentada.

la medida de lo posible, no deben perderse en la Iglesia sus testimonios...». Por eso, ha lanzado el papa una invitación: «*Es preciso que las Iglesias locales hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio, recogiendo para ello la documentación necesaria*»¹⁴.

Está el ejemplo de los martirologios de los primeros siglos. El papa pensaba en algo semejante, no tanto en procesos del tipo de los empleados para las beatificaciones o las canonizaciones por parte de la Santa Sede. Estos últimos son procesos más bien largos y complejos. Para el papa, era urgente que no se perdiera la memoria de los «nuevos mártires», «testigos de la fe». De ahí nació el trabajo de la Comisión Nuevos Mártires, que recogió y catalogó más de doce mil historias de cristianos caídos en el siglo XX. Son testigos que proceden de todas partes del mundo, de diversa factura y en muchas lenguas. Algunos son simples elencos, otros son narraciones articuladas, otros son pequeñas reconstrucciones históricas. Hay también testimonios, recuerdos, que, naturalmente, han de ser completados con ulteriores investigaciones detalladas. En Roma ya se ha recogido una importante memoria del martirio del siglo XX. Con todo, se intuye que solo estamos al comienzo de la investigación y que queda mucho por descubrir. No todas las instituciones de la vida eclesial interpeladas (conferencias episcopales, diócesis, congregaciones religiosas) han respondido de manera exhaustiva; algunas no han respondido nada. Es posible que, para algunas, haya supuesto una situación embarazosa recuperar la memoria de los caídos por su cercanía cronológica a los acontecimientos, mientras que otras han carecido de la posibilidad y de los medios para hacerlo¹⁵. Para algunas no era tarea fácil: hay todavía cuestiones abiertas que dividen a los mismos cristianos. Pero un buen número de las instituciones católicas interpeladas sí ha enviado la documentación a Roma.

Lo importante es que se ha puesto en marcha un proceso de recuperación y conservación de la memoria. Las muchas respuestas han confirmado la intuición de Juan Pablo II: el martirio constituye una gran realidad contemporánea del cristianismo. La Comisión Nuevos

¹⁴ Juan Pablo II, *Tertio Millennio Adveniente*, op. cit., 37.

¹⁵ De las conferencias episcopales de América Latina y de las comunidades católicas libanesas han llegado pocas respuestas. Entre las Iglesias que no han enviado respuestas a Roma se encuentran las de Bélgica, Holanda y Luxemburgo. En general, se advierte que las congregaciones religiosas, masculinas y femeninas, se han mostrado más bien comprometidas con la conservación de la memoria y con su transmisión a Roma.

Mártires, constituida en el Vaticano en el ámbito del trabajo preparatorio para el Jubileo del año 2000, ha llevado a cabo un intenso trabajo en poco tiempo. Ha estimulado la memoria, recogido, estudiado muchas historias y muchos documentos, con objeto de confeccionar un catálogo de los cristianos caídos en el siglo XX.

El estudio de este material llegado a Roma hace emerger un gran fresco del acontecer cristiano en el siglo XX. Este libro no desea ser otra historia de la Iglesia del siglo XX; es, más bien, el trabajo de un historiador que se pone al servicio de la memoria de tantas mujeres y tantos hombres muertos en el siglo XX porque eran cristianos. Es el relato, entre la historia y la memoria, de su existencia vivida en mundos muy diversos, distantes desde el punto de vista geográfico, y en épocas diferentes. Al reconstruir las diversas historias de estos cientos de miles de cristianos de todos los países, ha aparecido un rostro, tal vez olvidado o ignorado, del cristianismo del siglo XX. Es el rostro de una multitud de cristianos, hombres y mujeres, que han sido perseguidos.

Es un fresco –como iba diciendo– que retrata a gente pacífica, no violenta, perseguida, que padece la muerte por ser cristiana. Se trata, innegablemente, de un mundo de personas débiles y de vencidos. La historia de su asesinato es la de su debilidad y su derrota. Sin embargo, estos cristianos han manifestado, precisamente en unas condiciones de gran debilidad, una fuerza peculiar de carácter espiritual y moral: no renunciaron a la fe, a sus propias convicciones, al servicio a los otros, al servicio a la Iglesia, para salvaguardar su propia vida y asegurarse la supervivencia. Manifestaron una gran fuerza aun en condiciones de extrema debilidad y de gran riesgo. Esto constituye una realidad de la historia del cristianismo. El cristiano del siglo XXI está llamado a reflexionar sobre esta realidad, entre otras razones para captar también cuál es la «fuerza» del cristianismo. Pero es también una realidad que se impone a la reflexión de los que quieren comprender mejor la historia del siglo pasado.

El rostro del martirio se compone con otros rostros de la historia de la Iglesia en nuestro siglo, estos más conocidos y seguramente más estudiados. He tocado, a lo largo de mi vida de hombre de ciencia y en mis investigaciones, muchos aspectos del cristianismo del siglo XX: historia de las instituciones, de la religiosidad, de situaciones locales y de grupos, asuntos más generales, el funcionamiento del pontificado romano, las relaciones entre los cristianos y los no cristianos... He recorrido la trama entre la vida de la Iglesia y los acontecimientos políticos. He seguido los

desarrollos, las dificultades, las crisis, las corrientes innovadoras. Este libro pretende indagar únicamente sobre los «nuevos mártires» y hacer memoria de este aspecto de la existencia cristiana del siglo XX. Se trata de una parte del cristianismo del siglo XX que merece ser recordada por las comunidades cristianas y que debe ser objeto de ulteriores investigaciones históricas. Tal vez sea preciso hacer más sitio a esta realidad en las historias del cristianismo. Va a ser, a buen seguro, muy elocuente y significativa para el presente y el futuro de las comunidades cristianas del siglo XX.

El estudio del testimonio de los mártires y de las persecuciones ha hecho emerger una reconstrucción impresionante, la de –como ya he dicho– un rostro oculto del cristianismo de nuestro siglo, inédito asimismo para el estudioso atento y el investigador experto. Las historias son, a veces, sencillas; otras veces extremadamente complejas y enredadas por sus conexiones con la vida política o los conflictos. Ahora bien, estas historias de los «nuevos mártires» (o «testigos de la fe», como se dice de otro modo, considerado más correcto en el Vaticano) deben ser narradas, aun a riesgo de hacerlas seguir las unas a las otras, casi de manera repetitiva. Narrar no es canonizar: es simplemente recordar. Estas historias personales, diferentes, desarrolladas en países diversos y en diferentes momentos del siglo, confluyen –así me lo parece– en el dibujo de un único gran fresco: el del sufrimiento y el de la persecución a lo largo de los años del siglo XX. Este fresco no oscurece otras tragedias de este siglo terrible. El asunto de la Shoá es muy distinto de la persecución de los cristianos, por su carácter particular y por su único designio destructor que estuvo en su origen, además de por el alto número de los judíos asesinados. Ahora bien, el asunto de la persecución contra los cristianos muestra el rostro inhumano, violento, intolerante, terrible del siglo XX¹⁶.

El fresco del martirio del siglo XX (al menos en sus primeras líneas) es el de unos hombres y mujeres que repudiaron la violencia, pero que permanecieron tenazmente adheridos a su fe y a su comportamiento humano inspirado por el Evangelio. Una humanidad pacífica y no violenta, pero también fuerte... Realizaron la experiencia interior que Martin Luther King describía en 1960 al hablar de su *Peregrinación*

¹⁶ Cf. G. Richard, *L'Histoire inhumaine*, París 1992. Pero véase también, en particular, Y. Ternon, *Lo Stato criminale. I genocidi del XX secolo*, Milán 1997 (trad. esp.: *El Estado criminal: los genocidios en el siglo XX*, Edicions 62, Barcelona 1995); G. Moriani, *Il secolo dell'odio*, Venecia 1999.

a la no violencia. Decía: «En medio de los días solitarios y las noches espantosas, he sentido una voz interior que decía: ‘Valor, estaré contigo’. Cuando las cadenas del miedo y las esposas de la frustración han puesto a prueba mis esfuerzos, he sentido el poder de Dios transformando la fatiga de la desesperanza en la plenitud de la esperanza»¹⁷. Un estudio del cristianismo contemporáneo, más atento a los aspectos antropológicos y espirituales, pero también simplemente a la vivencia, no podrá dejar de tener en cuenta este «mundo de mártires».

Ahora bien, tampoco podrá dejar de tener en cuenta a la Iglesia católica del siglo XXI, ni tampoco a las Iglesias cristianas en su conjunto. El «mundo de los mártires», dotado de una dinámica propia, vuelve a poner en movimiento a las Iglesias a través de la memoria. Desde la cárcel, en los años treinta, el poeta chino Ai Qing escribía, mientras leía el Evangelio, sus poesías en sus pobres hojas de papel:

¿Y quién podrá encontrar
en los estratos terrestres
las lágrimas de los sacrificados
que han padecido todas las penas?
Esas lágrimas
están encerradas entre miles de barrotes de hierro,
pero hay una sola llave
que pueda abrir las rejas
y los innumerables valientes
que han querido apoderarse de la llave
están todos muertos
por las armas de los guardianes.
Si se pudiera recoger una de aquellas lágrimas...¹⁸.

¿Es posible encontrar y recoger «las lágrimas de los sacrificados que han padecido tantas penas»? La Iglesia católica ha intentado al menos «recoger una de esas lágrimas». La memoria es la única llave para abrir «las rejas», que ocultan las vicisitudes de los perseguidos y de los asesinados. Se trata de las «rejas» de las prisiones, las de los grandes sistemas concentracionarios, las de los lugares de deportación. En estos atroces lugares se han derramado «las lágrimas de los

¹⁷ M.L. King, *Io ho un sogno*, Turín 1993, 61 (trad. esp.: *Tengo un sueño y otros textos*, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Morelos 2014, 59).

¹⁸ Ai Qing, *Morte di un Nazareno*, Novara 1999, 28-29.

sacrificados»; o bien han sido esparcidas en lugares de terror, a veces a lo largo de marchas extenuantes o caminos que llevaban a la nada, con el único objetivo de la destrucción física y moral de los prisioneros o de los perseguidos.

Frecuentemente las rejas que han aprisionado y escondido tantas experiencias de dolor son también la desmemoria de las generaciones siguientes y el olvido del tiempo. Además, las persecuciones han sido recubiertas de justicia y defendidas con la calumnia, la supresión de la memoria, la falsificación de las acusaciones y de la historia. Karl Rahner, el gran teólogo alemán, lo había intuido, cuando escribía sobre la gran diferencia que existe «entre el titánico deseo de muerte de un Ignacio de Antioquía [...] y este desvanecimiento anónimo y sin relieve que frecuentemente caracteriza el martirio del siglo XX»¹⁹. En el siglo de los derechos humanos y de la libertad, el martirio y la persecución son ocultados con frecuencia, en ocasiones falseando las vicisitudes por las que pasaron los caídos.

Los católicos han sido asesinados junto a ortodoxos y evangélicos. Todas las comunidades cristianas, sea cual sea su confesión, han sido golpeadas por la violencia a lo largo de nuestro siglo; más aún, en los lugares de sufrimiento, los cristianos, divididos durante tanto tiempo, se han descubierto más cercanos o se han encontrado solidarios entre ellos. A veces, los cristianos han sufrido juntos, como en las islas Solovki, *alma mater* de los gulags soviéticos, donde se ha desarrollado una solidaridad ecuménica, mucho antes de que se empezara a hablar de ecumenismo. Juan Pablo II estaba convencido de que el ecumenismo de los mártires es el más fuerte y habla con voz más alta que los factores de división. Dijo el papa en 1994: «En estos mártires estamos unidos entre Roma, entre la ‘montaña de las cruces’ y las islas Solovki y muchos otros campos de exterminio. Estamos unidos sobre el fondo de los mártires: no podemos no estar unidos»²⁰. Los cristianos han redescubierto y vivido en las situaciones de dolor y de martirio la raíz única de su fe, y han intuido algo que va más allá de cuanto se puede comprender en la vida cotidiana de las Iglesias. Algunas veces, los cristianos también han sufrido la persecución junto a creyentes de otras religiones en una relación inédita con respecto a los siglos precedentes.

¹⁹ K. Rahner, *Sulla teologia della morte. Con una digressione sul martirio*, Brescia 1965, 106 (trad. esp.: *Sentido teológico de la muerte*, Herder, Barcelona 2014⁴).

²⁰ Juan Pablo II después del *Viacrucis de 1994*, en *L'Osservatore Romano*, 3 de abril de 1994.

Me he puesto a estudiar muchas y diversas situaciones de la vida de la Iglesia, a la luz de estos fascículos, recogidos y catalogados por el precioso trabajo de la Comisión Nuevos Mártires. De hecho, la mayoría de las historias que examinamos en este libro están relacionadas con caídos católicos. Me he percatado del *sensus* de muchas comunidades cristianas en el reconocimiento de sus propios mártires. Pero, ¿son mártires? Ciertamente, la mayoría de ellos carece de estudios profundos y, sobre todo, del proceso que, en el caso de los católicos, emplea la Iglesia para elevar a sus beatos y a sus santos a los altares. Algunos –y son una minoría– han sido beatificados y canonizados. Juan Pablo II, durante su pontificado (iniciado en 1978), ha procedido a la beatificación y canonización de miles de mártires beatos y de más de 350 santos mártires²¹. Se trata también de un compromiso muy grande con el reconocimiento del martirio por lo que respecta al siglo pasado. Sin embargo, el estudio de la mayoría de los caídos no ha sido acometido (y tal vez no lo será nunca) por un proceso canónico. Con todo, fueron asesinados precisamente por ser cristianos. La Iglesia anglicana ha colocado las imágenes de algunos «mártires» de nuestro siglo en la famosa Westminster Abbey de Londres: entre ellos, el católico monseñor Romero, el pastor afroamericano Martin Luther King, el protestante alemán Dietrich Bonhoeffer. Ahora bien, no se trata más que de algunos nombres y de algunas figuras, sacados de un continente en gran parte inexplorado. También las Iglesias ortodoxas: la rusa, la rumana, la griega y la constantinopolitana, se han vuelto con atención a la memoria de los «nuevos mártires», especialmente a los caídos por la persecución otomana o por la comunista.

Pero, ¿son mártires? No es posible ocultar cierta perplejidad en los medios católicos hacia la iniciativa de Juan Pablo II y hacia una ampliación de la calificación de mártir a muchos personajes del catolicismo del siglo XX. Algunos temieron que algunas figuras de mártires se convirtieran en una bandera partidista, más que en testigos de la Iglesia. Esto es un posible riesgo: cada «mártir» está insertado en la historia, conectado con muchas vicisitudes, discutidas y discutibles. No existe el

²¹ Para una lista de las beatificaciones y de las canonizaciones hasta finales de 1999, véase Congregatio de Causis Sanctorum, *Index ac status causarum*, Ciudad del Vaticano 1999, 471 ss. Hay que añadir las beatificaciones del sacerdote tailandés Nicolas Bunker Kitbamrung y de once monjas de Novogradok en Bielorrusia, mártires del siglo XX, proclamadas el 5 de marzo de 2000, cf. *L'Osservatore Romano*, 4-5 de marzo de 2000.

testimonio de fe fuera de la historia. Sin embargo, la iniciativa del papa no pretende tanto proponer figuras ejemplares como, sobre todo, recoger la memoria, evitar la dispersión de los recuerdos y, por encima de todo, proyectar una mirada de conjunto sobre el martirio del siglo XX. El debate sigue abierto sobre los diferentes casos. Sin embargo, a partir de una mirada global sobre el cristianismo del siglo XX, nadie puede negar que sea el siglo del martirio para los cristianos.

Juan Pablo II ofreció una clave de lectura para no abandonar la memoria detrás de las «rejas», por emplear la expresión del poeta chino Ai Qing. Antes de clasificar y juzgar, hay que comprender y contemplar una realidad constituida por mujeres y hombres contemporáneos muertos por la fe. Esta comprensión pone en marcha una serie de procesos. Antes que nada, como ya hemos dicho, la recuperación de muchos testimonios y memorias. A continuación, la conciencia de que la Iglesia tiene una fuerza propia específica: la de la fe vivida en condiciones de debilidad. Su fuerza no es la de las instituciones políticas (que algunas veces a lo largo de su historia también ha imitado o copiado). Es, en suma, una «fuerza débil», por emplear una expresión que me resulta entrañable, la manifestada por los caídos cristianos del siglo XX²². En definitiva, está pendiente un proceso de reflexión y de investigación histórica sobre las vicisitudes del siglo XX que tenga más en cuenta la vivencia de persecución y de martirio del cristianismo del siglo XX.

No cabe duda de que, en la visión de Juan Pablo II, el concepto de martirio se amplía respecto del concepto clásico de martirio por odio a la fe o bien es reinterpretado: mártir –escribía el teólogo Karl Rahner en 1983– es «también [...] quien cae luchando activamente por las exigencias de sus convicciones cristianas...»²³. Por lo demás, si nos fijamos bien, toda la historia de la Iglesia del siglo XX está jalonada por acontecimientos que expresan una resistencia al mal anclada en la fe hasta la muerte. Algunos de estos acontecimientos han sido considerados como «martirio». Así María Goretti, beatificada en 1947 por Pío XII como mártir (fue asesinada a los doce años por haberse opuesto a la violencia carnal de un

²² Cf. al respecto mi *Sant'Egidio, Roma e il mondo*, Colloquio con J.D. Durand e R. Ladous, Cinisello Balsamo 1997 (trad. esp.: *San Egidio, Roma y el mundo*, Ciudad Nueva, Madrid 1999). Véase también A. Levi, *Dialoghi sulla fede con Vincenzo Paglia e Andrea Riccardi*, Bolonia 2000, 120-129.

²³ K. Rahner, *Dimensioni del martirio. Per una dilatazione del concetto classico*, en *Concilium* 3 (1983), 27, véase todo el ensayo, 25-29 (ed. esp.: «Dimensiones del martirio», en *Concilium* 183, marzo de 1983, 321ss.).

hombre). La decisión de Maximiliano Kolbe, que se ofreció a la muerte el año 1941 en Auschwitz en lugar de un compañero, fue propuesta a los católicos como ejemplar por Juan Pablo II, que lo canonizó como «mártir del amor»²⁴. Detrás de estas decisiones hay una vivencia de martirio del siglo XX que no se quiere olvidar. En 1973, cuando el primado Wyszynski pudo construir la primera iglesia en Polonia durante el régimen comunista, lo hizo en Bydgoszcz, lugar en que los nazis realizaron estragos, y la dedicó no a un santo, sino a los «santos mártires hermanos polacos»: el primado –comentó Juan Pablo II– «quería expresar de esta manera su convicción de que la tierra de Bydgoszcz, probada por la ‘persecución por causa de la justicia’, es un lugar adecuado para dicho templo»²⁵. André Frossard le preguntó a Juan Pablo II, mientras hablaba con él de Auschwitz: «Entonces, Santo Padre, ¿habría seis millones de santos más?». El papa –según el testimonio del escritor francés– habría respondido sin vacilación: «Sí»²⁶.

Los nuevos mártires son muchos. Casi parece que la Iglesia se hubiera olvidado de ello, tal vez presa de problemas apremiantes o por discusiones sobre la organización o por la proyección sobre el futuro. Esta era la convicción que manifestaba el teólogo suizo, Hans Urs von Balthasar, cuando después del concilio, en 1966, replanteó el martirio a un cristianismo que le parecía centrado en la «apertura al mundo»²⁷. Sin embargo, la relación entre las comunidades cristianas y los propios mártires es un proceso complejo: en ocasiones se produce un olvido, pero también el arraigo en la memoria y, a menudo, tiene lugar un redescubrimiento quizá después de una o más generaciones. En efecto, el «mártir» no es siempre alguien que encuentra inmediatamente publicidad. Los itinerarios

²⁴ Véanse a este respecto las observaciones presentadas en *Martiri per la giustizia*, editado por S. Barone, Caltanissetta-Roma 1994, en particular C. Caltagirone, *Vittime per amore e proclamati santi: alcuni casi del Novecento*, ib., 33-56. Cf. también G. Boff, *Il martire oggi. Per una teologia della giustizia*, Milán 1999.

²⁵ Juan Pablo II, Omelia della Messa a Bydgoszcz, en *L'Osservatore Romano*, 7-8 de junio de 1999 (hay trad. esp. en: https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/homilies/1999/documents/hf_jp-ii_hom_19990607_bydgoszcz.html).

²⁶ Cf. A. Frossard, *Il mondo di Giovanni Paolo II*, Casale Monferrato 1992, 72 (trad. esp.: *El mundo de Juan Pablo II*, Rialp, Madrid 1992). Otra versión (aunque sustancialmente igual) en A. Frossard, *Conversando con Giovanni Paolo II*, Milán 1989, 138.

²⁷ H.U. von Balthasar, *Cordula ovvero il caso serio*, en Íd., *Gesù e il cristiano, Opere*, editadas por E. Guerriero, vol. XXV, Milán 1998, 175-249 (trad. esp.: *Seriedad con las cosas: Córdoba o el caso auténtico*, Sígueme, Salamanca 1968).

de la memoria son muchos y diversificados. Después de la llamada del papa a recordar ha resucitado, sin embargo, la memoria de un fenómeno global: el de un siglo de martirio cristiano.

Muchos fieles, desde comienzos de siglo a nuestros días, han sido asesinados por ser cristianos. Algo que no es secundario, aunque tal vez nunca podrá cuantificarse exactamente. ¿Cuántos cristianos han muerto por su fe en el siglo XX? No solo católicos, sino cristianos de todas las confesiones. ¿Tal vez tres millones? Si pensamos que en Rusia fueron asesinados por lo menos quinientos mil, aunque probablemente fueron uno o dos millones de cristianos, quizá se pueda explicar esta hipótesis. Si pensamos además en los cristianos asesinados en el Imperio otomano durante la Primera Guerra Mundial, en los misioneros, en los caídos en los conflictos étnicos... El siglo XX es, en general, un siglo difícil para los cristianos que viven en condiciones de minoría en países dominados por otra religión mayoritaria, especialmente en los países de mayoría musulmana (aunque también de otra fe). La Argelia de los últimos años ha contemplado muchos asesinatos de cristianos, como los siete monjes trapenses de Nuestra Señora del Atlas. Ahora bien, no se trata solo de cristianos en condiciones de minoría. También países de secular tradición católica han contemplado el asesinato en masa de los cristianos. El capítulo de los mártires españoles durante la guerra civil ha sido bastante estudiado y se ha podido profundizar en él. De ahí surge un cuadro dotado de una violencia repentina y masiva que se desencadenó en 1936, sobre todo contra los que eran considerados como los representantes de la Iglesia católica, desde los obispos a los simples religiosos. Pero también el México de los años veinte contempló el martirio de muchos cristianos en una sangrienta guerra civil.

Detrás de muchas persecuciones estaban ideologías ateas, anticlericales, formas de idolatría del Estado. Aunque no siempre. Muchas veces la violencia fue dirigida contra los cristianos de manera brutal solo por motivos materiales y contingentes. Lo ha hecho la mafia: don Puglisi, párroco en Palermo, fue asesinado por los mafiosos. También un cardenal, el de Guadalajara (México), fue asesinado de una manera misteriosa –al parecer– por mafiosos narcotraficantes a los que molestaba la acción de la Iglesia. Con frecuencia, los simples católicos o los sacerdotes o los religiosos se han presentado como un muro de contención a la injusticia y han sido eliminados por la resistencia que oponían y por el valor que infundían a la gente: muchas de estas historias se han desarrollado